



Libro: **El abuso del mal. La corrupción de la política y la religión desde el 11/9**

Autor: Richard J. Bernstein.

Katz, Buenos Aires, 2006. 225 pp.

Matías Ilivitzky

Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires.

Richard Bernstein comienza este libro con una cita de Hannah Arendt referida a la posibilidad de que el pensamiento controle e impida el surgimiento del mal entre los hombres. La misma engloba el propósito del autor al escribir el texto: el develar porqué, ante la ausencia de un juicio crítico entre algunos miembros de la clase dirigente estadounidense, el mal se hace presente.

Ya desde el prefacio somos advertidos de que existe un abuso del mal debido a que, luego del ataque terrorista de 2001 a Nueva York y Washington, esta noción comenzó a ser utilizada no como una cuestión de filosofía política sino como un instrumento más para sostener la dicotomía diseñada por Huntington entre los bandos opuestos de su “choque de civilizaciones”. Esa es la clave para comprender las palabras de George W. Bush pronunciadas ese fatídico 11 de septiembre: “Hoy, nuestra nación conoció el mal, lo peor de la naturaleza humana”.

El mal es un concepto que, si bien polisémico como la mayoría de las construcciones lingüísticas, tiende a causar una generalizada e idéntica reacción reprobatoria. Nadie está dispuesto, por lo menos públicamente, a comprometerse con lo maligno. Sin embargo el mal existe y sobrevive el paso del tiempo, emergiendo periódicamente y motivando la pregunta por su naturaleza. El mal muta, y es imposible predecir qué nuevas formas adoptará. Pero precisamente por estas características invita a la reflexión incesante acerca de su naturaleza, su origen, y el fracaso del ser humano por controlarlo.

Pero cuando según Bernstein en los EE.UU. se utilizó a este vocablo como vehículo para catalizar la ansiedad y el miedo causados por los atentados, y se equiparó al Islam con lo malvado y a Occidente con lo virtuoso, y se recuperó un dualismo maniqueo perdido desde la caída de la Unión Soviética, el mal neutralizó todo tipo de pensamiento. Bajo una rígida oposición binaria, la elite norteamericana pretendió resolver rápidamente el problema. Se trataba, continúa el filósofo, de un nuevo enemigo, y se debía por consiguiente buscarlo y



destruirlo. Cualquier discusión sobre las responsabilidades de los gobernantes quedaba así opacada bajo el manto de la paranoia generalizada.

Detrás de esta operación de autocensura poblacional sugerida por la cúpula dirigente se encuentra la reinserción de lo absoluto en política. Mientras que es imprescindible actuar con certeza en determinadas circunstancias de la vida cotidiana, no es posible trasponer una certidumbre subjetiva en una objetiva. No obstante lo cual, en circunstancias de extrema vulnerabilidad la paranoia se generaliza y es común observar, manifiesta el autor, el renacimiento del fervor religioso. Es tal la magnitud de este proceso que Bernstein debe arribar a conclusiones que el hombre conoce desde el Renacimiento como si fuesen novedades: “No precisamos apelar a la religión para justificar o garantizar nuestras creencias morales” (p.35). Semejante afirmación posee varios destinatarios. Por una parte pretende transmitir a la mayor parte de la humanidad (y sobre todo al mundo islámico) una noción emblema de la modernidad secularizada, relativa a la autosuficiencia del pensamiento filosófico libre de la subordinación que le imponía la teología. Por otra, intenta despertar en el mayor poder político global un espíritu abierto y moderno que parece estar perdiendo asidero entre sus habitantes, como demuestra la reelección de George W. Bush como presidente (propiciada por fundamentalistas religiosos de derecha).

Frente al choque de civilizaciones, el pensador norteamericano postula que se está desarrollando un choque de mentalidades, de formas de ver y comprender el mundo. En base a este proceso estima necesario recuperar la tradición de pensamiento de la escuela pragmática liderada, entre otros, por William James y John Dewey. Surgida como reacción a las secuelas de la Guerra de Secesión de EE.UU., dicha corriente filosófica se caracterizó por ver a las ideas como herramientas de transformación de la sociedad, por lo que de allí proviene el nombre elegido para caracterizarla. También pretendían alejarse de todo tipo de maniqueísmo, como el que había llevado a su país a la división, y por ende buscaban una visión empírica, menos rígida, y práctica.

Dicho entendimiento provino con el falibilismo, que es la afirmación referida a que cualquier conocimiento puede ser criticado y transformado constantemente. Ello requiere un gran margen de tolerancia respecto a la incertidumbre y la inestabilidad, y al mismo tiempo una disposición a convivir con la ausencia de certezas definitivas siempre y cuando las creencias circunstanciales faciliten nuestra existencia. Esto a la vez promueve la tolerancia



hacia lo diverso ya que lo otro, lo que no es propio en este momento, puede tanto formar parte de nuestras concepciones vitales en un futuro próximo como representar interesantes alternativas con quienes debatir.

Pero el paso más importante en pos de desarrollar una mentalidad falibilista es ponerla en práctica, al desarrollar una capacidad de crítica (y de auto-crítica) suficientes como para permitir el desenvolvimiento de una forma de vida esencialmente democrática, alejada de las cerrazones impuestas por, según Bernstein, las ideologías. Ahora bien, ¿hasta que punto el falibilismo no es también una ideología? ¿El poseer una actitud abierta y permanentemente cuestionadora no es también recaer en un patrón predeterminado de conducta? En su intento por diferenciarse de los dogmatismos, el falibilismo puede recaer en uno muy particular: el del anti-dogmatismo. Ello involucra descreer de sentencias como “la mentalidad del falibilismo pragmático [...] es antidogmática y antiideológica” (p.90) debido a que las definiciones de Bernstein acerca de lo dogmático (no cuestionar las propias creencias) y lo ideológico (transformar el dogma en acción práctica) pueden aplicarse al sistema falibilista cuando éste desea presentarse como superador de los demás, y como sujeto a una implacable crítica interna que, es de suponer, hace innecesaria una externa.

Prosiguiendo con la argumentación del libro, se plantea que la posición falibilista acarrea un pluralismo comprometido con respecto a las diferencias culturales. No se debe adoptar el “mito del marco”, por el cual uno está inserto en una trama particular de valores y no se pueden comprender otros, ni tampoco se debe recaer en el relativismo cultural que equipara todas las divergencias sin criterios morales de ninguna índole (según esta perspectiva, no deberían condenarse el canibalismo o los maltratos hacia las mujeres y niños). El pluralismo comprometido, por el contrario, busca comprender al otro pero sin renunciar a la facultad de juicio crítico. Cualquier aproximación hacia el diferente se efectúa desde una particular situación cultural, política, económica y social, y es imposible (y tampoco deseable) deslindarse de esta tradición³⁷.

³⁷ Tanto los aportes de Gadamer como los de Rorty son factibles de ser incorporados en este punto del análisis. El primero enfatizó la importancia de la propia historia y situación a la hora de comprender, lo que implica una hermenéutica situada, una mirada hacia lo ajeno que al mismo tiempo es consciente de las características propias y que por consiguiente sabe desde donde se aproxima hacia lo otro. Rorty, heredero también del pragmatismo estadounidense, postula una variante particular de etnocentrismo por la cual, al igual que el punto de vista gadameriano, se debe estar dispuesto a conocer lo diferente, sin dejar de lado la tradición cultural en la que uno está inmerso, gracias a la que podrá comprender lo diverso en base a valores propios, ya que de otra forma no existiría un patrón de referencia común al cual remitirse. Ambos autores consecuentemente desestiman la posibilidad de que puedan existir derechos verdaderamente universales en función de su creación (no de su



Esto explica porque Bernstein, al hacer referencia a la posibilidad que toda sociedad tiene de renunciar al pensamiento crítico, mencione dicho proceso como una “regresión” (p.89) hacia un mundo simplista y maniqueo. Este comentario permite suponer un modelo continuo, defendido por el autor, por el cual ubica al hombre en una senda progresiva de pensamiento, y cuanto más abierta y menos “simple” sea su comprensión del universo, mayor progreso habrá en general. Si bien es factible que gran parte de la intelectualidad secularizada occidental coincida con esta visión, la misma no deja de ser una entre muchas perspectivas igualmente legítimas y con idéntica pretensión de imponerse por sobre las demás. En su énfasis por defender un pluralismo crítico, Bernstein trasluce afirmaciones que demuestran que se mantiene más ligado al ámbito de la crítica que al de la pluralidad.

Asimismo se manifiesta una presunción: la de que el falibilismo sólo puede ser ejercido por personas pacíficas y “...razonables que están abiertas y dispuestas a entablar un diálogo crítico. Pero ésta no es la situación actual” (p.93). Nuevamente entonces, ¿quién posee la facultad de dictaminar cuáles individuos son razonables y cuales no? ¿Es que la mayor parte de la humanidad está en pie de guerra? A lo largo del libro se percibe que Bernstein es presa del alarmismo y del miedo que él critica, lo que lo lleva a describir la situación de su país como “extrema” (p.94). Utilizar semejante vocablo cuando pasaron cuatro años del 11 de Septiembre (el libro fue editado en habla inglesa en 2005) es evidentemente una exageración, lo que explica que el reclamo de características que son alabadas cuando se trata de combatir al mal pero reprobables si las tiene el otro: “Deberíamos estar preparados a morir por lo que en última instancia valoramos” (p.114). Evidentemente es necesario defender lo que uno valora. El filósofo norteamericano sostiene que la tolerancia tiene límites y es intolerante con quienes desean perjudicarnos. Pero realiza un gran salto cuando basado en lo antedicho intenta justificar (aún con todas las sutilezas que incluye en su análisis) el sacrificio de la vida por otras cosas que no sean la conservación de la vida misma (ideales, formas de convivencia, etc.). Esa es precisamente la actitud que, con menos matices, poseen los terroristas que critica.

alcance), ya que siempre emanarían desde un contexto particular (siguiendo este razonamiento, los Derechos Humanos pretenden alcanzar efectivamente a toda la humanidad, pero fueron elaborados por la inspiración de, principalmente, Estados Unidos y Gran Bretaña al finalizar la Segunda Guerra Mundial).



Para proveer certidumbre moral, es decir, para brindar un motivo al sacrificio potencial, Bernstein sostiene que existe un “espíritu democrático” (p.206) que se está extendiendo por el mundo, lo que genera un “cosmopolitismo democrático” (p.206). De esta forma, termina de delinear su propia ideología, la “fe democrática”(p.209), que una vez generalizada, anulará la posibilidad de conflicto entre los hombres. Cualquier diferencia con las ideologías o las religiones será entonces, a pesar de que el autor de esta obra insista lo contrario a lo largo de la misma, pura coincidencia. El abuso del mal termina por demostrar, consiguientemente, que en determinadas ocasiones debajo de una actitud bienintencionada (el intelectual que desea favorecer la paz entre las diferentes culturas) se encuentran las mismas características que se desean eliminar.